

el último día de la guerra  
el primer día de la paz



CHUMY CHUMEZ

—¡Ah, pillín! ¿Y dónde has andado tú metido para enterarte de que hay injusticias sociales?...

EN el número 200 de TRIUNFO, Jesús García de Dueñas se ocupaba, con motivo de la presentación por el C. E. C. de una serie de films polacos, de dar una primera noticia sobre la cinematografía de aquel país, una de las más interesantes de Europa en el momento actual, y especialmente de los años que van del advenimiento de Gomulka al poder al inicio de nuestra década. Se habló entonces de "escuela polaca" y los nombres de Kawalerowicz, Wajda, Munk, Has y otros eran los que se discutían con mayor pasión en los círculos de iniciados. Por fin, y después de haber sido estrenado hace meses en distintas capitales españolas, ha llegado a las pantallas madrileñas "Cenizas y diamante", un film de Wajda realizado hace ocho años y que, aún no siendo el mejor de los suyos, da una idea clara de la visión del mundo y las concepciones cinematográficas de este realizador.

Tercera de sus obras, puede decirse que con ella se cierra un ciclo comenzado con "Generación" y continuado con "Kanal", en el que, desde distintos puntos de partida y a través de la visión de personajes de edades sucesivas se da un panorama de diferentes etapas de la última guerra. "Generación" era, durante la ocupación, el brotar de los primeros movimientos juveniles de resistencia; en "Kanal", al aproximarse el fin de la guerra, la trágica insurrección de Varsovia; en "Cenizas y diamante" la acción se sitúa precisamente el 8 de mayo de 1945, el último día de la guerra, el primero de la paz. La edad de los protagonistas de las obras referidas va, como ya queda dicho, aumentando en cada una de las películas, en una correspondencia casi rigurosa con la que el autor tenía en los momentos que hace revivir. Wajda, nacido en 1926, había participado, en efecto, en la resistencia con los alemanes, y lo que cuenta en sus films, una vez alcanzada la madurez, no es algo inventado. "Cenizas y diamante" no es un film autobiográfico, sin embargo, ni mucho menos. Macieck —rebautizado Marek en la versión española— es, si, un ejemplar típico de toda una generación que superó la adolescencia durante una guerra en la que todo estaba claro y en la que coexistían, en la lucha contra los nazis, nacionalistas de derecha y comunistas. El matar, el abatir enemigos, se convirtió, para muchos de aquellos jóvenes desarraigados, con la condición de hombre recién estrenada, en una costumbre; y muchos, en ese momento crepuscular que es el final de una guerra y el albor de una paz que hay que comenzar a edificar, no supieron elegir. "Había que tener cuidado de no humillar, sin tampoco rehabilitarlos, a los que, en la confusión que siguió a la liberación, de la mejor fe, escogieron el mal camino. Había que no causar descontento, tampoco, a los que encontraron intuitivamente el bueno. El film ha sido bien acogido, de manera general, pero algunos han encontrado, sin embargo, según sus respectivas opciones, que los opositores o los comunistas quedaban demasiado bien tratados". Son palabras de Wajda en una entrevista publicada hace años por una publicación francesa, y que aclaran en buena medida el sentido de su película. Porque de lo que se ha tratado, ante todo, es de evitar cualquier maniqueísmo, de no pontificar. Los personajes del film, y en especial Macieck, no son de una pieza monolítica. Son personajes, por el contrario, situados en un momento crucial no sólo de sus existencias, sino de la historia de su país. En un momento, en un día, en que todo, forzosamente, ha de revestir caracteres de extrema importancia. Es el principio de una nueva era, de una regularidad. Y esta regularidad se llega a confundir, por parte de muchos de los personajes, con la rutina. Macieck, al descubrir por primera vez el amor, se replantea la continuidad de su existencia. Los representantes del antiguo régimen optan o por el exilio o por continuar la lucha emprendida contra los alemanes, ahora contra sus propios compatriotas. Los oportunistas deciden, sin pensarlo más, sacar el partido que puedan de la nueva situación. La película plantea lúcida y a estos y otros niveles, la confusión, puesta en su máximo por la situación límite en que se encuentran los personajes, de un buen sector de la población polaca en la fecha clave de que se trata. Sólo Szczuka, el líder del partido obrero, conserva la serenidad, a pesar de que, el mismo día, es puesto al corriente de que su hijo —un muchacho de dieciséis años, de cuya educación no ha podido hacerse cargo personalmente— ha sido arrestado con una banda de nacionalistas de derecha. Pero se trata de un hombre cansado, con un largo historial de lucha política —de la versión española ha sido suprimida la escena en la que cuenta sus antecedentes, entre los que figura la participación en la guerra de España— y físicamente disminuido. Macieck, encargado de asesinarle, lo hará, al final de la película, en función más de un vago sentido del honor que de una real convicción de la necesidad de su acto desde sus propias perspectivas, cuando Szczuka se dirige a visitar a su hijo. Momentos después será abatido el mismo, en virtud únicamente de un malentendido, y agonizará en un muladar mientras, al amanecer de un nuevo día, que es mucho más que una pura fracción de tiempo, un grupo de representantes de la vieja Polonia —con las maletas ya listas para la emigración— danza una grotesca zarabanda al son de una "polonesa" destrozada por unos músicos cansados y especializados en otro tipo de melodías. Atroz, desesperada, teñida de un existencialismo de la primera época, la película es, en su complejidad y su dinamismo, un apasionante objeto de reflexión. Barroca en sus imágenes, como corresponde al temperamento de su autor y a la concentración en un microcosmos cruelmente anatómico de una realidad histórica todavía lo suficientemente cercana como para que cada vez que se evoca la carne se desgarre, no pretenda, en contrapartida, ser simbólica. Wajda, que proclama a Buñuel como su maestro, dice a este respecto: "El simbolismo aprovecha significaciones existentes, ya establecidas. Lo que ha hecho Buñuel, y lo que yo intento hacer, es crear nuevas referencias intelectuales y visuales que, quizá en el porvenir, tendrán la oportunidad de convertirse en símbolos. Sin duda conocen el proverbio que dice que el que por primera vez comparó a la mujer con una rosa era un genio y el segundo un imbécil. Evidentemente, Buñuel quiere ser siempre el primero..."

CESAR SANTOS FONTENLA



CHUMY CHUMEZ

—Mi querido director espiritual: ¡quiero recordarle que para los asuntos de dinero ya tengo yo mis asesores económicos!